

Cecilia Ferreiroa

NOMBRE DE FAMILIA



Cecilia Ferreiroa

Nombre de familia

emecé

Nombres, nombres

*Y cualquiera de estos
nombres tuvieron tanta fuerza que
permanecieron.
¿Eran indicios que hay que descifrar porque remiten a algo
distinto de lo visto?
No sé.*

ARTURO CARRERA, «Por aquí pasamos»

Fede apareció como tío al volver a Argentina; antes o no lo veía o no lo recuerdo. Aunque mi familia siempre me dijo que nunca me acordaba de nada, que me confundía los nombres, los parentescos y las circunstancias.

Vivió un tiempo con nosotras en Almagro, en el límite con Once, donde estuvimos los primeros años después de nuestro regreso de México. Es probable que haya estado el tiempo que le llevó conseguir un departamento para alquilar luego de que se le venciera el contrato del anterior. Alquiló toda su vida y cada dos años se mudaba. No se cansaba de hacerlo, al contrario. Ver un departamento, proyectar una nueva vida en él, otra distribución de los muebles y del espacio, una nueva rutina —la ilusión de volverse otro—, todo eso lo revitalizaba. Un cambio en su vida, el cambio que estaba a su alcance, la

manera rápida de empezar de nuevo. Quizás se mudaba cuando la ilusión de haber cambiado se desvanecía. En todo caso coincidía con el término del contrato de alquiler. Antes de mudarse había un periodo de gracia en el que se la pasaba hablando del departamento que había elegido, la disposición de los ambientes, las puertas, los marcos de las ventanas, el parque. Cada cosa que volvía a ese lugar ideal para él. Era un momento lleno de esperanza, el futuro se abría incierto y renovado. Tendría que buscar nuevos comercios donde comprar, establecer nuevos vínculos con vecinos, encontrar las maneras de llegar y desplazarse. Lo esperaba ese tiempo suave en el que todo es nuevo, y lo degustaba de antemano, montado sobre las cenizas del presente. Y las palabras que nombraban cada nuevo elemento o material se llenaban de misterio, repetidas por el tío una y otra vez, siempre rondándolas, como si no quisiera que se alejaran, que ese tiempo terminara. Hay palabras que en cierto sentido le pertenecen, que están asociadas a él y lo nombran. Estilo Luis XV, sillón Tudor, sillas Thonet se las escuché por primera vez a Fede. La palabra «parqué» está vinculada, unido su sentido, con un departamento en alquiler donde podría vivir él. Cuando el piso no tenía parqué, tenía moqueta. Nunca alfombra.

«Kitchenette» es otra palabra de Fede, que lo alude aun en la decadencia que implica. Vino después, cuando los departamentos eran más chicos y ni si-

quiera tenían cocina. Fede fue un tío al que yo vi estar cada vez peor. Su situación económica era precaria, en camino descendente. En cierto sentido se adelantó a lo que sería la situación general de todos. Un empeoramiento de generación en generación, de década en década, y la inestabilidad como forma inevitable de vida hasta llegar al monoambiente que tenía una kitchenette. Pero el tío Fede hablaba de ella con entusiasmo; en definitiva, era algo diferente, y el cambio era mayor. Era mucho más práctica que una cocina convencional. No había que entrar en ella, ya estaba ahí, al alcance de la mano.

La primera vez que la vi me pareció un placar, no una cocina. Se cerraba con una puerta corrediza que se iba desenrollando y cuando estaba completamente desplegada cualquiera podía abrirla para buscar ropa. Una cocina placar era algo singular que solo Fede podía conseguir.

Sus departamentos se volvían un lugar donde vivir antes de que se mudara a ellos. Algo casi sagrado: ese y no otro. Y se instalaba convencido, o convenciendo al que lo escuchaba, de que era el lugar que él había elegido por sus cualidades específicas, sin que el factor económico hubiera influido en lo más mínimo. El dinero estaba y no estaba presente en el tío Fede. Gastaba todo lo que tenía para comprar algo que quería y a veces no le quedaba para pagar el alquiler. En cierto sentido el dinero era omnipresente, trasladado a los objetos, a su valor —que se adecua-

ba a su precio—. Y no aparecía como un factor que lo condicionara. Aun en su decadencia, Fede gastaba con desmesura y entusiasmo, y la escasez no lo amargaba. Solo admitía cosas exquisitas a su alrededor y las palabras tenían un papel muy importante en esa transformación del mundo.

Mantenía los muebles que podía, que trasladaba en las mudanzas, pero compraba nuevos, adaptados y necesarios para ese departamento en particular. Aquellos de los que se desprendía, inevitablemente tenía que hacerlo, se los daba a alguien seleccionado, como si el objeto estuviera destinado a esa persona o fuera justo para su casa, lo que necesitaba ahí. A vos, Sofí, acá te vendría perfecta mi mesa ratona. Y la mesa de Fede pasó a ser un mueble de nuestra casa.

El monoambiente necesitó una mesa plegable, que ya de por sí era mínima y que se convertía en algo todavía más pequeño. Estaba hecha con distintas piezas de madera taraceada, más oscuras, rojas, casi blancas. Era una mesa exquisita en la que Fede servía el té para dos personas como máximo.

* * *

En la casa de Villa Gesell de mi tía Pachi, prima de mi madre y de Fede, yo iba con él a robarles plantas del jardín delantero a los vecinos del barrio que tenía identificados como nazis. Esquivábamos las estatuas de enanos y duendes, que Fede consideraba

un rasgo típico del mal gusto nazi, y cargábamos las macetas pesadas por la calle de tierra hasta el jardín de Pachi, donde las dejábamos peligrosamente visibles para sus dueños. Quizás señalarlos como nazis le permitía hacer esa transgresión, que era lo que más le divertía.

* * *

Se había quedado parcialmente pelado. Durante un tiempo habló de un tratamiento para la calvicie; después, de un injerto de pelo. El injerto era bastante moderno, superador de todo lo existente hasta el momento, y muy costoso. Pero eso no impidió que se convirtiera en la verdadera solución, la única manera de volver a tener pelo en esa bola lustrosa. Juntó todo su dinero disponible, pidió prestado lo que no llegó a juntar y finalmente hizo el tratamiento.

El resultado fue muy raro. Su cabeza quedó sembrada con unos pelos ralos y escasos. No dejaba de ser calvo por tenerlos, no llegaban a cubrir el cuero cabelludo. Ni siquiera daba la sensación de que fuera pelo humano. *A Fede le pusieron pelo de muñeca*. El manojito de pelo débil estaba colocado en el cuero cabelludo en puntos muy regulares, equidistantes. Una zona de siembra trabajada por un campesino muy meticuloso. Se veía la línea de cada mechón injertado igual que se ve en las muñecas. Era un trabajo demasiado prolijo para parecer pelo natural. Pero a él

lo dejó conforme: no habló más de hacer otra cosa y se quedó para siempre con ese pelo de muñeca que lo volvía un poco irreal.

* * *

Trabajó toda su vida traduciendo del francés. Libros de historia o técnicos que lo obligaban a investigar términos o expresiones. Nunca terminaba de conocerlos todos. Siempre aparecía uno nuevo, más específico, que lo llevaba a buscar en libros poco hallables. Y se internaba en esa nueva terminología como si entrara de noche en el mar. Leía diccionarios técnicos que explicaban esos usos, buscaba el término equivalente en castellano y, si no existía, pensaba la mejor traducción, o la posibilidad de dejarlo en francés. Le daba muchas vueltas y comentaba sus reflexiones y dudas. Esas palabras lo sacaban de la máquina de escribir y del diccionario común, lo llevaban a una búsqueda por la ciudad, en bibliotecas, librerías y personas especializadas, como si saliera a su encuentro. Quizás no buscó traducir textos literarios porque no quería o porque los disfrutaba más como lector despreocupado y prefería los libros técnicos, la dificultad específica, la nomenclatura. Le gustaba la literatura francesa y leía mucho, pero también le gustaba la historia, la antropología, aprender cosas nuevas. Siempre hablaba de sus lecturas, literarias o no, con mucho entusiasmo. Cada libro lo

llevaba a otro, y entonces sus comentarios se ramificaban. Aunque no le pagaban mucho por sus traducciones, ese trabajo le permitía vivir de manera más libre, sin horarios fijos y sin tener que ir a una oficina.

En un momento decidió mudarse a España y seguir trabajando como traductor para las editoriales españolas. Tenía la esperanza de mejorar su situación; quizás también buscaba un cambio, uno mayor. *Hay que tener un título en la vida; si no, miralo a Fede.* El primer tiempo tuvimos contacto con él. Hablaba con mi madre y nos enterábamos de sus mudanzas, de su vida sociable y activa. Todo tenía un aire fresco y vital, y estaba contento con su nuevo ambiente. Muchos años después vino a Argentina. Volvió, pero no nos avisó ni se contactó con mi mamá. Nos enteramos por mi primo Pablo, hijo del tío Negro y de la tía Beti, con el que sí se veía. No sabíamos dónde vivía, solo que estaba acá, que no quería ver a mi mamá y, por extensión, a nosotras, mi hermana y mis primas Natalia y Mariana. *No sé qué le pasa a Fede. A veces se revira. Lo conozco desde que éramos chicos.*

El tiempo fue pasando sin que nos preguntáramos demasiado. En un momento Pablo nos contó que había muerto. Fue una noticia rara, tenía algo abrupto. Fede moría como un desconocido, su muerte nos agarraba desprevenidas, ajenas, en medio de nuestras cosas, en otro tema. Nos agarraba

fuera de lugar. Tenía cáncer y fue muriendo poco a poco, probablemente vino enfermo, pero en ninguna de sus muertes parciales supimos que estaba enfermo. Se fue acercando a su fin y nunca modificó su decisión de no ver más a mi mamá y al resto de nosotras. Quizás no le dio tiempo para que se le pasara el malestar con mi madre, tuvo poco tiempo o no tuvo el suficiente, como si no hubiera logrado encontrar el término exacto que permitía traducir esa palabra que nombraba su enojo.

* * *

Una palabra detrás de otra. Las frases que el tío Fede empezaba no tenían un final cercano. El hilo del discurso continuaba sin pausa y sin interrumpirse por los comentarios del interlocutor que, ante la extensión sin fin, intentaba en algún momento —sin efecto, por lo demás— entrar en diálogo con él, acotar algo que le permitiera un ida y vuelta. Ante la irrupción de otra voz, Fede seguía hablando y levantaba la suya para tapar la que había aparecido sin prestar oído al comentario. Por un momento variable había dos pistas que sonaban juntas, una más fuerte, que lograba imponerse, porque la otra paraba, derrotada por la imperturbable continuidad. Y Fede quedaba otra vez solo con el continuo de su frase, sin hacer pausas que invitaran al oyente a intervenir. No había invitación, no la había habi-

do; más bien, un intento ininterrumpido de no dar paso, de alargar el flujo y aferrarse al continuo como si pudiera o quisiera hablar eternamente. En un momento, llegaba al final, o más bien a una pausa, y tomaba aire. Y ese repentino silencio era abismal, el callarse abrupto de la naturaleza viva. Era un silencio en el que el oyente salía del arrullo de un rumor constante para arrojarle a decir algo, apurado y confuso porque por fin tenía una oportunidad impensada. Ese silencio abierto en el habla infinita tenía algo de imposible que, sin embargo, sucedía. Y lo que fuera que se dijera en ese momento daba la sensación de que Fede escuchaba detrás de un velo; que, si bien se había callado, el hilo de su discurso continuaba en su cabeza. Hasta que finalmente retomaba un nuevo impulso y volvía a cabalgar en una nueva ininterrumpida frase. Hablar con él era aprender el arte de escuchar. Cuando volvía a entrar en la corriente de su voz, otra vez no había nada que pudiera pararla. Sonido tras sonido tras sonido. Carrusel continuo de resonancias, de tonos altos y bajos y de caminos abiertos de frases y frases. Algo se ponía en marcha, más poderoso que la presencia del otro y la interacción; algo que corría con la fuerza del movimiento perpetuo, del decir sin freno.